

«Nada hay más sabio, más santo, más hermoso, más fuerte, ni puede hallarse nada más perfecto que la caridad. Entonces nuestro Señor Jesucristo dijo: [...] Grita y lamenta por tu Unigénito la fragilidad del género humano, como habló mi humanidad denunciando la falsedad del mundo» (*La Luz Divina que ilumina los corazones*, Libro VI).

El libro interesa y busca, relaciona diversas disciplinas (estética, teología y filosofía) y analiza con fundamento. Lástima de no encontrar, al menos formalmente, una conclusión o una apertura hacia posibles caminos que vislumbren y oteen el claroscuro del misterio no solo en lo que concierne a Dios sino a lo humano que como proclamó *Gaudium et Spes*: «El misterio del hombre solo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado» (n.22). Luz y transparencia parecen conjugarse y constituyen la semántica del misterio, paradójica pero necesaria. Y quizás, por esto mismo, el libro se mantiene en ese claroscuro. DR. EDUARD LÓPEZ HORTELANO, SJ

Cárcel Ortí, Vicente. *La II República y la Guerra Civil en el Archivo Secreto Vaticano. Documentos del año 1937*. Vol. 5. Madrid: BAC, 2017, LXX + 1007 pp. ISBN: 978-84-220-1991-6.

En cuatro números anteriores de la revista *Estudios Eclesiásticos* hemos reseñado los tomos anteriores al tomo V de la gran obra documental de Vicente Cárcel Ortí. En nuestro libro Revuelta González, Manuel. *Enigmas históricos de la Iglesia Española Contemporánea*. Biblioteca Comillas. Teología 13. Madrid: Ed. Universidad Pontificia Comillas, 2017, hemos ofrecido una visión conjunta de esas reseñas, y a ellas nos remitimos en todo lo concerniente al mérito del editor de estas fuentes y a la importancia de los documentos que ha publicado, imprescindibles para el conocimiento de la II República y guerra civil.

El tomo V contiene los documentos del año 1937. No estará de más recordar los avatares de aquel año, dominado por la guerra larga y cruel entre dos Españas implacables. La toma de Málaga por los italianos a principios de febrero, tuvo la contrapartida de su derrota en Guadalajara en el mes de marzo. En abril comenzaron las operaciones en Vizcaya, donde gobernaban los nacionalistas vascos aliados con los republicanos. Bilbao fue bloqueado y bombardeado, al igual que otros pueblos como Durango y Guernica (26 de abril). El 20 de junio Bilbao fue ocupada por las brigadas navarras y las flechas negras italianas. En julio la lucha se concentró en la batalla de Brunete. La contraofensiva de los nacionales no logró ocupar Madrid. Pero su avance prosiguió en el frente del norte, con la toma de Santander en agosto y la liberación de Asturias en octubre. El año acaba con la ofensiva republicana sobre Teruel.

En el plano político contrastaba el orden y unidad de la España nacional con la división y desgobierno de la España republicana. En la España nacional se impuso el decreto de unificación de Falange Española Tradicionalista (19 de

abril). En la España republicana se estableció el nuevo gobierno de Negrín (17 de mayo), que intentó reforzar la unidad política y la eficacia militar frente a los desórdenes anarquistas. Las leyes franquistas acentuaron el apoyo a la Iglesia (capellanes castrenses, enseñanza religiosa obligatoria, Santiago fiesta nacional, etc.). El apoyo de la Iglesia al régimen de Franco quedó patente en la carta colectiva de los obispos españoles (1 de julio).

Hay dos circunstancias que se reflejan muy bien en el tomo V. 1º Desde que, a finales de 1936, se ausentó de Roma el embajador de España ante la Santa Sede, Luis de Zulueta, mientras abandonaba Madrid el encargado de negocios del Vaticano, Silvio Sericano, cesaron de hecho las relaciones diplomáticas entre la Santa Sede y el gobierno republicano, aunque *de iure* no llegaron a romperse. 2º La España nacional no logró el reconocimiento oficial de la Santa Sede, a pesar de las instancias de la Junta de Defensa primero y del General Franco después, que insistieron en el restablecimiento de relaciones diplomáticas normales. El Marqués de Magaz fue enviado como representante del gobierno de Burgos, pero solo fue admitido en calidad de enviado oficioso, interino y provisional. Del mismo modo actuaba el cardenal Gomá, como representante de la Santa Sede ante el gobierno de Franco (sus despachos han sido publicados por J. Andrés-Gallego y A. M. Pazos). Solamente a mediados de 1937 será designado monseñor Ildebrando Antoniutti como representante del papa, pero solamente para gestiones caritativas a favor de la repatriación de los niños vascos. Hasta octubre Antoniutti no recibirá el nombramiento de encargado de negocios de la Santa Sede ante el gobierno de Franco. El resultado de esta situación es que la Santa Sede, aunque mantenía contactos de hecho con la España nacional, no la reconoció *de jure* hasta el último trimestre de 1937. Era todo lo contrario a lo practicado con la España republicana, con la que no había relaciones diplomáticas de hecho, aunque no había ruptura de derecho.

Las consecuencias de estas anomalías se reflejan bien en la documentación del tomo V. Al no existir un nuncio, no existen los correspondientes despachos diplomáticos ni sus respuestas del secretario de Estado. Echamos de menos el enjundioso intercambio epistolar entre Tedeschini y Pacelli, cuyos mensajes sobre las cuestiones político-religiosas durante la República aparecen publicados en los cuatro primeros tomos. Este vacío se suple, de alguna manera, en el tomo V con los Apuntes de Pacelli en los que resume sus audiencias con Pío XI. Son notas generalmente breves, que nos revelan la preocupación del papa por los asuntos de España. También se llena en parte ese vacío con los despachos del nuncio en París, Valerio Valeri, encargado de resolver los asuntos relativos a la España republicana con las naciones que apoyaban este régimen. Desde que Antoniutti recibe en junio de 1937 la representación del papa, se reanuda el intercambio diplomático con la Santa Sede, mediante observaciones directas sobre la situación política y religiosa de la España Nacional. Pero las principales comunicaciones de Antoniutti versan sobre los católicos vascos aliados con los anticlericales, y de una manera especial sobre las complicadas gestiones para la

repatriación de los niños vascos. La temática vasca domina con mucho los informes del representante del papa, incluso después de recibir el nombramiento de encargado de negocios. El tomo V no tiene, por tanto, la riqueza informativa de los tomos anteriores. Aun así, la información que nos brinda es importantísima, como lo demuestra el estudio introductorio del editor y la lectura de los documentos.

La introducción de Cárcel Ortí se extiende a lo largo de sesenta páginas (pp. IX-LXVIII), en las que se exponen con claridad los temas más relevantes de los documentos de 1937. La introducción de Cárcel es una guía muy útil para orientarse desde el principio en la selva de los documentos, que son citados en su momento oportuno, facilitando la consulta directa de los mismos. La introducción consta de 18 epígrafes que desarrollan cinco temas fundamentales. 1) Las actuaciones de los enviados oficiosos de ambas partes, Magaz y Antoniutti. 2) Las principales preocupaciones del papa Pío XI: las gestiones humanitarias y otras intervenciones a favor de presos y condenados a muerte. 3) La cuestión vasca y el regreso de los niños exiliados. 4) El retraso del reconocimiento de la Santa Sede al régimen de Franco. 5) La carta colectiva de los obispos, y la negativa a firmarla de los obispos Vidal y Múgica.

Si prescindimos del cardenal Gomá, la representación oficiosa entre la Santa Sede y la España de Franco se realizó, respectivamente, por Magaz y Antoniutti. El talante de cada uno era distinto. Por eso en la introducción se habla del fracaso del primero y de la buena gestión del segundo. Antoniutti –aparte de mostrar sintonía con la España nacional– tenía la finura diplomática que le faltaba a Magaz, que insistía machaconamente, a menudo con poco tacto, en exigir el reconocimiento de Franco y en urgir incluso la excomunión de los separatistas vascos. Cuando Magaz fue nombrado embajador en Berlín (junio de 1937) fue sustituido ventajosamente por Churruca.

El papa Pío XI mostró gran preocupación por los problemas de la guerra e intentó evitar sus horrores. Ya a finales de 1936 propuso un armisticio, que fracasó porque los rojos no daban garantías al ejercicio de la religión católica. Bajo el gobierno de Negrín tampoco avanzaron las mediaciones de Valeri y del cardenal Verdier. El gobierno republicano trató incluso de restablecer las relaciones diplomáticas con el Vaticano, pero se respondió que era imposible, pues seguía la persecución. En la España nacional tampoco se daban facilidades a las mediaciones del papa, pues veían cercana la victoria final. La humanización de la guerra (por intercambio de prisioneros y conmutaciones de penas de muerte) se consiguió en algunos casos, pero no en todos (fracasó, por ejemplo en Carrasco Formiguera).

La cuestión vasca estuvo muy presente en las negociaciones pontificias, pues la mentalidad católica no entendía la alianza de los nacionalistas vascos con los enemigos de la religión. Los vascos, por su parte, respondían que se trataba de defender su territorio y su independencia. El obispo Múgica había condenado la alianza de los católicos vascos con los rojos, pero defendía la inocencia de los

sacerdotes nacionalistas fusilados por sus ideas políticas. El drama de Múgica era que no fue obedecido por los vascos, mientras era condenado por los gobernantes de la España nacional. Franco pedía al papa la condena de los vascos, y el papa le preguntó qué concesiones estaba dispuesto a concederles. Unos y otros mostraban actitudes empecinadas, propias de los tiempos de guerra. Los vascos siguieron luchando al lado de los comunistas por la defensa de su tierra, mientras la solución, por parte de los nacionales, se resolvió con bombardeos, seguidos de la represión. Puede decirse que fracasó la mediación vaticana. En cambio, la intervención del papa en la repatriación de los niños vascos puede considerarse un éxito relativo. El interés del papa se demostró primero en el envío de un representante en la persona de Antoniutti, que, desde Bilbao, entabló relaciones con los nuncios y obispos de las naciones donde había niños exiliados. La política se mezcló también en el penoso asunto de los niños exiliados. Las familias y los gobernantes de la España nacional deseaban su retorno. Los nacionalistas vascos, que habían promovido los exilios para suscitar simpatías a su causa, se opusieron tenazmente a la vuelta de los niños, con el apoyo incluso de sacerdotes nacionalistas. El problema resultaba complicado, según las naciones de acogida. En Inglaterra, Francia, Bélgica, Holanda y Suiza se consiguió el permiso de retorno, no sin dificultades. Estados Unidos cerró las puertas a los niños, que pasaron a México. Los enviados a Rusia no fueron repatriados.

Sobre el retraso de las relaciones oficiales de la España de Franco con la Santa Sede, ya indicamos que no se resolvió hasta octubre de 1937. Lo más interesante es el planteamiento que se hizo sobre ese asunto en la reunión de cardenales de Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios. La reunión anterior se había celebrado en diciembre de 1936, en la que se decidió que no convenía reconocer al régimen de Franco. Medio año más tarde, el 14 de junio de 1937, volvían a reunirse los cardenales. El fin de la guerra no parecía tan inmediato como se había dicho, ni estaba tan claro el triunfo de Franco. Por eso los cardenales mantuvieron el *statu quo* de las relaciones diplomáticas con Franco, y consideraron que su reconocimiento oficial era, como dijo Tedeschini, prematuro, no necesario e importuno. Quedaban claras las simpatías de los cardenales con el régimen de Franco, pero no se atrevían todavía a reconocerlo oficialmente por temor a las represalias republicanas y a ser considerados favorables a las potencias fascistas. Los documentos publicados en su integridad (informe sobre la situación de España, actas y pareceres de los cardenales) son de gran interés. El dictamen de los cardenales sucedió dos semanas antes de la publicación de la carta colectiva de los obispos.

La carta colectiva es publicada en su integridad. La primera idea fue del Cardenal Gomá, a finales de 1936, que preguntó el parecer de los obispos (febrero 1937) y pidió normas a la Santa Sede. Las respuestas del episcopado fueron unánimes, excepto las dos negativas conocidas del cardenal Vidal y del obispo de Vitoria, Múgica. Don Fidel García opinó que la carta no era necesaria. La carta colectiva es un documento polémico y fue vista como el primer paso de la

alianza de la Iglesia con el régimen franquista. Cárcel opina, con razón, que hay que juzgar la carta en el contexto de la gran persecución que estaba sufriendo la Iglesia. La persecución continuó, pero amainó claramente desde entonces. La carta difundió por todo el mundo la situación real de la Iglesia en España. Estrechamente relacionado con la carta está el destino de los obispos que se negaron a firmarla. Por eso en la introducción se dedican dos epígrafes al cardenal Vidal y al obispo Múgica. Se considera al primero «ambiguo y poco sincero», pues manifestó su admiración a Franco y a su causa, en contra de lo que suele decirse. En cuanto a Múgica, se habla de su dimisión. La condena que hizo a los vascos fue libre y espontánea, aunque no le obedecieron. Los nacionales no le perdonaron que no firmara la carta colectiva, que condenara los bombardeos y que defendiera a los sacerdotes nacionalistas fusilados. Las presiones de Franco no lograron que el Vaticano destituyese al obispo, pero consiguieron primero alejarle de la diócesis y con ello forzaron su renuncia.

Tras la introducción sigue la publicación de 539 documentos por riguroso orden cronológico (del número 1.911 al 2.449), acompañados por 1.356 notas a pie de página. Es aconsejable leer los documentos para comprender el verdadero alcance de los problemas y para captar un sinfín de detalles y matices, que nos sitúan en el momento de los hechos.

Si algo se deduce de ellos es el odio que suscitó la guerra y las violencias en ambas partes. En la España republicana continuaba la persecución, especialmente en Cataluña, Madrid y Valencia (docs. 1961, 2011, 2066, 2076, 2080). En la España nacional las represalias fueron terribles. Mussolini se sorprendió de la «matanza (carnificina) emprendida por los falangistas en Málaga, lo mismo que hicieron y hacen los rojos donde dominan» (doc. 1964). Las represiones contra los nacionalistas vascos fueron hábilmente explotadas por la prensa y propaganda de estos. El canónigo Onaindía difundió los horrores del bombardeo de Guernica, que describió como testigo visual (doc. 2027), cosa que algunos pusieron en duda. El presidente Aguirre se valió de su relato en el telegrama que difundió (doc. 2020), y el obispo Múgica defendió al canónigo contra las calumnias de Queipo de Llano (doc. 2039). Al Vaticano llegaban informes de unos y otros. El apasionamiento alcanzó a las niñas vascas de una colonia en Saint Jean Pie-de-Porte. Cuando Antoniutti trató de convencerlas de que podían regresar a Vizcaya, donde todo estaba tranquilo, le dijeron: «Vd. es un fascista» (doc. 2206). Pero las prisiones y ejecuciones eran ciertas. El día después de 44 ejecuciones, el P. Vilaríño preguntaba al representante del papa: «¿No se podrá dar lugar a la clemencia?» (doc. 2371), y unos días más tarde le decía: «es una pena muy grande que hayan de ser fusilados jóvenes que son de lo mejor que había en los pueblos y villas de aquí pudiendo conservarlos y enmendarlos» (doc. 2383).

Los partidarios de Franco no escatimaban alabanzas al Caudillo y a la España nacional. Hay documentos expresivos del entusiasmo que despertó en los jesuitas Pérez de Ayala (doc. 2108) y Cayuela (doc. 1128), o en el director del Pontificio Colegio Español, Carmelo Blay (docs. 2189 y 2267). El mismo Antoniutti

sacó buenas impresiones del Caudillo en las dos audiencias de Salamanca: el 1 de agosto, cuando llegó para cumplir su misión caritativa (doc. 2147) y el 7 de octubre, cuando le presentó las credenciales como encargado de negocios (doc. 2312). En Burgos visitó a Franco el 25 de noviembre (doc. 2391), para expresarle la preocupación de la Santa Sede por la infiltración del nazismo en España. En la primera visita ponderó «la figura agile e snella del generale, il suo portamento distinto, i modi cortesissimi, la voce sottile e calma tradicono la figura del guerriero della Spagna Nazionale». En la segunda visita ponderó su religiosidad y la de doña Carmen. En la tercera, más comprometida, Franco intentó deshacer los temores del papa: «el nazismo tiene un programa pagano, y nosotros un programa católico».

Son muchos los informes contenidos en el tomo V. El más completo de todos es, sin duda, la ponencia presentada a los cardenales el 14 de junio. Es un análisis certero y objetivo sobre la situación de las dos Españas, por separado, bajo el punto de vista político, religioso y militar (doc. 2088). La Santa Sede estaba, sin duda, bien informada de la tragedia de España. MANUEL REVUELTA GONZÁLEZ